

SISTEMA
DE
LAS CONTRADICCIONES
ECONÓMICAS

6

FILOSOFÍA DE LA MISERIA

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA CIENCIA ECONÓMICA

§ I.—Oposicion del *hecho* y del *derecho* en la economía de las sociedades.

Yo admito la REALIDAD de una ciencia económica. Esta proposición, hoy puesta en duda por pocos economistas, es tal vez la más atrevida que haya podido sostener un filósofo; y por lo ménos, así lo es- pero, el curso de estas investigaciones probará que el mayor esfuerzo del espíritu humano será un día haberla demostrado.

Admito, por otra parte, la *certidumbre absoluta*, al mismo tiempo que el *carácter progresivo* de la ciencia económica, que entre todas las ciencias es, á mi modo de ver, la más comprensiva, la más pura y la mejor formulada en hechos: nueva proposición que hace de esa ciencia una lógica ó metafísica *in*

concreto, y cambia radicalmente las bases de la antigua filosofía. La ciencia económica, en otros términos, es para mí la forma objetiva y la realización de la metafísica, la metafísica en acción, la metafísica proyectada sobre el plano perdido del tiempo; de modo que cualquiera que se ocupe de las leyes del trabajo y del cambio, es real y esencialmente metafísico.

Después de lo dicho en el *prólogo*, esto no tiene nada de sorprendente. El trabajo del hombre es la continuación de la obra de Dios, que con crear todos los seres no ha hecho más que realizar exteriormente las leyes eternas de la razón. La ciencia económica es, pues, necesariamente y á la vez una teoría de las ideas, una teología natural y una psicología. Esta observación general habría bastado por sí sola para explicar por qué, teniendo que tratar de materias económicas, había de suponer previamente la existencia de Dios, y con qué título yo, simple economista, aspiro á resolver el problema de la certidumbre.

Pero, impaciente estoy por decirlo, no miro como ciencia el incoherente conjunto de teorías á que se ha dado desde hace unos cien años el nombre *oficial* de *economía política*, conjunto que á pesar de la etimología del nombre no es aún más que el código ó la rutina inmemorial de la propiedad. Esas teorías no contienen sino los rudimentos ó la primera sección de la ciencia económica; y este es el motivo por qué, del mismo modo que la de la propiedad, son todas contradictorias entre sí y la mitad del tiempo inaplicables. La prueba de este aserto, que es en cierto sentido la negación de la economía política tal como nos la han transmitido A. Smith, Ricardo, Malthus y J. B. Say, y tal como la vemos hace medio siglo, período en que no ha adelantado un paso, resultará particularmente de esta memoria.

La insuficiencia de la economía política la han reconocido en todos tiempos los hombres contemplativos que, sobradamente enamorados de sus elucubraciones para profundizar la práctica, y limitándose á juzgarla por sus resultados aparentes, han formado desde el origen un partido de oposición al *statu quo*, y se han consagrado á satirizar de una manera perseverante y sistemática la civilización y sus costumbres. En cambio la propiedad, base de todas las instituciones sociales, no careció nunca de defensores celosos que, gloriándose del título de *prácticos*, devolvieron golpe por golpe á los detractores de la economía política, y trabajaron valerosa y á veces hábilmente por consolidar el edificio que habían levantado de concierto la libertad individual y las preocupaciones generales. Esta controversia, aún hoy pendiente entre los conservadores y los reformistas, tiene por análoga en la historia de la filosofía la que medió entre los realistas y los nominalistas. Es casi inútil añadir que por una como por otra parte el error y la razón son iguales, y la sola causa de no entenderse ha sido la rivalidad, la estrechez y la intolerancia de las opiniones.

Así dos fuerzas se disputan hoy el gobierno del mundo, y se anatematizan con el furor de dos cultos hostiles: la economía política, ó la tradición; y el socialismo, ó la utopía.

¿Qué es, pues, en términos más explícitos, la economía política? ¿Qué es el socialismo?

La economía política es la colección de las observaciones hechas hasta hoy sobre los fenómenos de la producción y la distribución de las riquezas, es decir, sobre las formas más generales, más espontáneas, y por consecuencia más auténticas del trabajo y del cambio.

Los economistas han clasificado de la mejor ma-

nera que han podido esas observaciones; han descrito los fenómenos y consignado sus accidentes y sus relaciones; han observado que estos fenómenos, en muchas circunstancias, presentaban cierto carácter de necesidad y les han dado el nombre de *leyes*; y ese conjunto de conocimientos recogidos de las manifestaciones, por decirlo así, más candorosas de la sociedad, ha venido á constituir la economía política.

La economía política es por lo tanto la historia natural de las costumbres, tradiciones, prácticas y rutinas más visibles y más universalmente acreditadas de la humanidad, en lo que se refiere á la producción y á la distribución de la riqueza. Como tal, la economía política se considera legítima de *hecho* y de *derecho*: de hecho, puesto que los fenómenos que estudia son constantes, espontáneos y universales; de derecho, puesto que esos fenómenos tienen en su favor la autoridad del género humano, que es la mayor autoridad posible. Así la economía política se califica de *ciencia*, es decir, de conocimiento razonado y sistemático de hechos regulares y necesarios.

El socialismo, que, parecido al dios Vichnou, siempre muere y siempre resucita, ha hecho habrá como veinte años su diezmilésima encarnación en la persona de cinco ó seis reveladores, trata de anómala la constitución presente de la sociedad, y por lo tanto todas sus constituciones anteriores. Pretende y prueba que el orden civilizado es ficticio, contradictorio é ineficaz, y engendra por sí solo la opresión, la miseria y el crimen. Acusa, por no decir calumnia, toda la historia de la vida social, y provoca con todas sus fuerzas la refundición de las costumbres y de las instituciones.

El socialismo concluye declarando que la economía política es una hipótesis falsa, una lógica sofística inventada para cohonestar el beneficio de los más

por los menos; y aplicando el apotegma *A fructibus cognosceitis*, acaba de demostrar la incompetencia y el ningún valor de la economía política por el cuadro de las calamidades humanas, de las que la hace responsable.

Mas si es falsa la economía política, falsa es también la jurisprudencia, que en todos los países es la ciencia del derecho y de la costumbre, puesto que, estando fundada en la distinción de lo tuyo y de lo mio, supone la legitimidad de los hechos descritos y clasificados por la economía política; falsas son aún las teorías de derecho público é internacional, con todas las varias especies de gobierno representativo, puesto que descansan en el principio de la apropiación individual y de la soberanía absoluta de las voluntades.

El socialismo acepta todas estas consecuencias. Para él la economía política, considerada por muchos como la fisiología de la riqueza, no es más que la práctica organizada del robo y de la miseria; así como la jurisprudencia, decorada por los legistas con el nombre de razón escrita, tampoco es más que la compilación de las reglas del bandolerismo legal y oficial, ó sea de la propiedad. Consideradas en sus relaciones esas dos pretendidas ciencias, la economía política y el derecho, constituyen, al decir del socialismo, la teoría completa de la iniquidad y de la discordia. Pasando luego de la negación á la afirmación, el socialismo opone al principio de propiedad el de asociación, y se esfuerza por reconstituir de arriba abajo la economía social, es decir, por establecer un derecho nuevo, una política nueva, é instituciones y costumbres diametralmente opuestas á las formas antiguas.

Así la línea de demarcación entre el socialismo y la economía política es clara y determinada, y la hostilidad flagrante.

La economía política tiende á la consagracion del egoismo; el socialismo á la exaltacion de la comunidad.

Los economistas, salvo algunas infracciones de sus principios, de las que creen deber acusar á los gobiernos, son optimistas respecto á los hechos realizados; los socialistas respecto á los hechos por realizar.

Los primeros dicen que lo que debe ser *es*; los segundos que *no es* lo que debe ser.—Por consecuencia, al paso que los primeros se presentan como defensores de la religion, del poder y de los demás principios contemporáneos y conservadores de la propiedad, por más que su crítica, no estando fundada más que en la razon, ataque no pocas veces sus propias preocupaciones; los segundos rechazan la autoridad y la fé, y apelan exclusivamente á la ciencia, por más que cierta religiosidad, del todo iliberal, y un desdén muy poco científico de los hechos, constituyan siempre el carácter más ostensible de sus doctrinas.

Por lo demás, ni unos ni otros dejan de acusarse recíprocamente de esterilidad é impericia.

Los socialistas piden cuenta á sus adversarios de la desigualdad de las condiciones, de esas orgías comerciales donde el monopolio y la concurrencia, en monstruoso consorcio, engendran eternamente el lujo y la miseria; acusan las teorías económicas, vaciadas siempre sobre lo pasado, de dejar el porvenir sin esperanza; presentan, en una palabra, el régimen de la propiedad como una alucinacion horrible, contra la cual protesta y forcejea la humanidad hace cuatro mil años.

Los economistas, por su parte, desafian á los socialistas á que formulen un sistema donde sea posible vivir sin propiedad, sin concurrencia y sin policía; prueban, documentos en mano, que todos los

proyectos de reforma han sido siempre sólo rapsodias de fragmentos tomados de ese mismo régimen tan denigrado por el socialismo, más claro, plagios de la economía política, fuera de la cual el socialismo es incapaz de concebir ni de formular una idea.

Cada día aumentan los autos de ese grave proceso, y la cuestion se embrolla.

Mientras la sociedad marcha y tropieza, mientras la sociedad sufre y se enriquece siguiendo la rutina económica, los socialistas, desde Pitágoras, Orfeo y el impenetrable Hermes, trabajan por establecer su dogma en abierta contradicción con la economía política. Se ha llegado hasta á hacer acá y acullá algunos ensayos de asociaciones en conformidad á sus miras; pero hasta aquí esas raras tentativas, perdidas en el océano propietario, no han producido resultados; y como si el destino hubiese resuelto agotar la hipótesis económica ántes de empezar la realizacion de la utopia socialista, el partido reformador se vé reducido á devorar los sarcasmos de sus adversarios esperando que le llegue el turno.

Hé aquí el estado del proceso. El socialismo denuncia sin tregua las maldades de la civilizacion, consigna día por día la impotencia de la economía política para satisfacer las atracciones armónicas del hombre, y presenta querella sobre querella; la economía política llena sus autos con los sistemas socialistas que pasan unos tras otros, y mueren desdeñados por el sentido comun. La perseverancia del mal alimenta las quejas de los unos, y los constantes descalabros de los reformistas dan materia á la maligna ironía de los otros. ¿Cuándo llegará el día del fallo? El tribunal está vacío, y en tanto la economía política se aprovecha de su ventaja, y sin dar caucion continúa gobernando el mundo: *possideo quia possideo*.

Si de la region de las ideas bajamos á la realidad

de las cosas, el antagonismo nos aparecerá aún más amenazador, más grave.

En estos últimos años, cuando llamado el socialismo por largas tempestades, hizo entre nosotros su fantástica aparición, los hombres que hasta entonces habían permanecido indiferentes y libres ante todo género de controversias, se refugiaron con espanto en las ideas monárquicas y religiosas, y fué maldecida y rechazada la democracia, á la que se acusaba de producir sus últimas consecuencias. Esa inculpacion de los conservadores á los demócratas era una calumnia. La democracia es por su naturaleza tan antipática á la idea socialista como incapaz de sustituir la monarquía, contra la cual está condenada á conspirar eternamente sin llegar jamás á destruirla. Esto es lo que pronto se vió, y podemos apreciar todos los dias por las protestas de la fé cristiana y propietaria de los publicistas demócratas, que desde entonces empezaron á verse abandonados por el pueblo.

Por otra parte, la filosofía no se mostró ni ménos extraña, ni ménos hostil al socialismo que la religion y la política.

Porque así como en el orden político la democracia tiene por principio la soberanía del número, y la monarquía la soberanía del principio; así como en las cosas de la conciencia la religion no es otra cosa que la sumision á un sér místico, llamado Dios, y al sacerdote que le representa; así como, por fin, en el orden económico la propiedad, es decir, el dominio exclusivo del individuo sobre los instrumentos de trabajo, es el punto de partida de las teorías; así la filosofía, tomando por base los pretendidos *à priori* de la razon, se ha visto fatalmente conducida á atribuir al solo yo la generacion y la autocracia de las ideas, y á negar el valor metafísico de la experien-

cia, es decir, á poner en todo, en lugar de la ley objetiva, la arbitrariedad, el despotismo.

Ahora bien, una doctrina nacida de improviso en el corazon mismo de la sociedad, sin antecedentes y sin antepasados, que rechazaba el principio de la arbitrariedad de todas las regiones de la sociedad y de la conciencia, y se sustituía como verdad única la relacion de los hechos; una doctrina que rompía con la tradicion y no consentía en servirse de lo pasado, sino como de un punto de apoyo para lanzarse á lo futuro; una doctrina tal, digo, no podía dejar de levantar contra sí las AUTORIDADES establecidas; y es fácil ver hoy cómo, á pesar de sus discordias intestinas, esas AUTORIDADES no constituyen más que una para combatir el mónstruo dispuesto á devorarlas.

A los jornaleros que se quejan de la insuficiencia del salario y de la incertidumbre del trabajo, la economía política les opondrá la libertad del comercio; á los ciudadanos que buscan las condiciones de la libertad y del orden, los ideólogos les presentan sistemas representativos; á las almas tiernas, que faltas de su existencia, la religion les habla de los insondables decretos de la Providencia, y la filosofía les reserva la duda. ¡Siempre subterfugios! ¡Jamás ideas completas en que descansen el corazon y el entendimiento! El socialismo dice á voz en grito que es tiempo de hacer rumbo hácia la tierra firme y entrar en el puerto; y los antisocialistas contestan: «no hay puerto; la humanidad camina bajo la salvaguardia de Dios y la direccion de los sacerdotes, los filósofos, los oradores y los economistas: nuestra circunnavegacion es eterna.»

Así la sociedad se encuentra desde su origen dividida en dos grandes partidos: el uno tradicional y esencialmente jerárquico, que segun su diverso

de las cosas, el antagonismo nos aparecerá aún más amenazador, más grave.

En estos últimos años, cuando llamado el socialismo por largas tempestades, hizo entre nosotros su fantástica aparición, los hombres que hasta entonces habian permanecido indiferentes y libres ante todo género de controversias, se refugiaron con espanto en las ideas monárquicas y religiosas, y fué maldecida y rechazada la democracia, á la que se acusaba de producir sus últimas consecuencias. Esa inculpacion de los conservadores á los demócratas era una calumnia. La democracia es por su naturaleza tan antipática á la idea socialista como incapaz de sustituir la monarquía, contra la cual está condenada á conspirar eternamente sin llegar jamás á destruirla. Esto es lo que pronto se vió, y podemos apreciar todos los dias por las protestas de la fé cristiana y propietaria de los publicistas demócratas, que desde entonces empezaron á verse abandonados por el pueblo.

Por otra parte, la filosofía no se mostró ni ménos extraña, ni ménos hostil al socialismo que la religion y la política.

Porque así como en el orden político la democracia tiene por principio la soberanía del número, y la monarquía la soberanía del principio; así como en las cosas de la conciencia la religion no es otra cosa que la sumision á un sér místico, llamado Dios, y al sacerdote que le representa; así como, por fin, en el orden económico la propiedad, es decir, el dominio exclusivo del individuo sobre los instrumentos de trabajo, es el punto de partida de las teorías; así la filosofía, tomando por base los pretendidos *à priori* de la razon, se ha visto fatalmente conducida á atribuir al solo yo la generacion y la autocracia de las ideas, y á negar el valor metafísico de la experien-

cia, es decir, á poner en todo, en lugar de la ley objetiva, la arbitrariedad, el despotismo.

Ahora bien, una doctrina nacida de improviso en el corazon mismo de la sociedad, sin antecedentes y sin antepasados, que rechazaba el principio de la arbitrariedad de todas las regiones de la sociedad y de la conciencia, y se sustituía como verdad única la relacion de los hechos; una doctrina que rompía con la tradicion y no consentía en servirse de lo pasado, sino como de un punto de apoyo para lanzarse á lo futuro; una doctrina tal, digo, no podia dejar de levantar contra sí las AUTORIDADES establecidas; y es fácil ver hoy cómo, á pesar de sus discordias intestinas, esas AUTORIDADES no constituyen más que una para combatir el mónstruo dispuesto á devorarlas.

A los jornaleros que se quejan de la insuficiencia del salario y de la incertidumbre del trabajo, la economía política les opone la libertad del comercio; á los ciudadanos que buscan las condiciones de la libertad y del orden, los ideólogos les presentan sistemas representativos; á las almas tiernas, que faltas ya de la antigua fé preguntan la razon y el objeto de su existencia, la religion les habla de los insondables decretos de la Providencia, y la filosofía les reserva la duda. ¡Siempre subterfugios! ¡Jamás ideas completas en que descansen el corazon y el entendimiento! El socialismo dice á voz en grito que es tiempo de hacer rumbo hácia la tierra firme y entrar en el puerto; y los antisocialistas contestan: «no hay puerto; la humanidad camina bajo la salvaguardia de Dios y la direccion de los sacerdotes, los filósofos, los oradores y los economistas: nuestra circunnavegacion es eterna.»

Así la sociedad se encuentra desde su origen dividida en dos grandes partidos: el uno tradicional y esencialmente jerárquico, que segun su diverso

objeto toma sucesivamente el nombre de monarquía ó democracia, filosofía ó religion, en una palabra, propiedad; el otro que, resucitando á cada crisis de la civilizacion, se declara ante todo *anárquico y ateo*, es decir, refractario á toda autoridad divina y humana: este es el socialismo.

Ahora bien, la crítica moderna ha demostrado que en un conflicto de esta especie la verdad está, no en la exclusion de ninguno de los términos contrarios, sino tan sólo en la conciliacion de entrambos; que todo antagonismo, tanto en la naturaleza como en las ideas, se resuelve en un hecho más general, ó en una fórmula que pone de acuerdo los elementos contrarios, absorbiendo, por decirlo así, el uno y el otro. ¿No podríamos, por lo tanto, hombres de sentido comun, en tanto que esperamos la solucion que realizará, sin duda, el porvenir, prepararnos para esta gran transicion, por medio del análisis de las fuerzas en lucha, así como de sus cualidades positivas y negativas? Un trabajo de esta índole, hecho con exactitud y conciencia, ya que no nos condujese de golpe á la solucion, tendria cuando ménos la inapreciable ventaja de revelarnos las condiciones del problema, y ponernos por ahí en guardia contra toda utopia.

¿Qué hay, pues, de necesario y de verdadero en la economía política? ¿A dónde vá? ¿Qué puede? ¿qué nos quiere? Esto es lo que me propongo demostrar en esta obra. ¿Qué vale por otra parte el socialismo? Nos lo dirán esas mismas investigaciones.

Porque, puesto que al fin y al cabo el socialismo y la economía política persiguen un mismo objeto, á saber, la libertad, el orden y el bienestar entre los hombres, es evidente que las condiciones que hay que llenar, ó en otros términos, las dificultades que hay que vencer para alcanzar ese objeto, no pueden

ménos de ser para los dos las mismas, y no hay ya más que pesar los medios intentados ó propuestos por una como por otra parte. Mas como por otro lado sólo la economía política ha podido hasta aquí convertir sus ideas en actos, y el socialismo apenas ha hecho más que entregarse á una perpétua sátira, no es ménos óbvio que, con apreciar el mérito de los trabajos económicos, tendremos reducidos á un justo valor las declaraciones socialistas; de suerte que nuestra crítica, especial en la apariencia, podrá tomar conclusiones absolutas y definitivas.

Antes de entrar á fondo en el exámen de la economía política, es indispensable hacer entender mejor esto por medio de algunos ejemplos.

§ II.—Insuficiencia de las teorías y de las críticas.

Empecemos por hacer una observacion importante: los contendientes están de acuerdo en apelar á una autoridad comun, que cada cual cree tener de su parte, la CIENCIA.

Platon, utopista, organizaba su república ideal en nombre de la ciencia, que por modestia y eufemismo llamaba filosofía. Aristóteles, práctico, refutaba la utopia de Platon en nombre de la filosofía misma. Tal es la marcha de la guerra social desde Platon y Aristóteles. Los socialistas modernos se suponen todos al servicio de la ciencia una é indivisible, aunque sin poder ponerse de acuerdo ni sobre el contenido, ni sobre los límites, ni sobre el método de esta ciencia. Los economistas, por su parte, sostienen que la ciencia social no es más que la economía política.

Trátase, pues, por de pronto de conocer lo que pueda ser una ciencia de la sociedad.

La ciencia, en general, es el conocimiento razonado y sistemático de lo que es.

Aplicando esta noción fundamental á la sociedad, diremos: La ciencia social es el conocimiento razonado y sistemático, no de lo que *ha sido* la sociedad, ni tampoco de lo que *será*, sino de lo que es en el curso todo de su vida, es decir, en el conjunto de sus manifestaciones sucesivas: sólo en esto puede haber razón y sistema. La ciencia social debe abrazar el orden humanitario, no sólo en tal ó cual período de su duración, ni en tales ó cuales de sus elementos, sino también en todos sus principios y en la integridad de su existencia, como si la evolución social, extendida por el tiempo y el espacio, se encontrase de repente reunida y fijada en un estado que mostrase la serie de las edades y el curso de los fenómenos, y permitiese por ahí descubrir su encadenamiento y su unidad. Tal debe ser la ciencia de toda realidad viviente y progresiva, y tal es incontestablemente la ciencia social.

Podría suceder, por lo tanto, que la economía social, á pesar de su tendencia individualista y de sus afirmaciones exclusivas, fuese una parte constitutiva de la ciencia social, en la que los fenómenos que describe viniesen á ser como los piquetes primordiales de una vasta triangulación, y como los elementos de un todo orgánico y complejo. Bajo este punto de vista el progreso de la humanidad, yendo de lo simple á lo compuesto, estaría enteramente conforme con la marcha de las ciencias, y los hechos discordantes y tan frecuentemente subversivos que constituyen hoy el fondo y el objeto de la economía política, deberían ser considerados como otras tantas hipótesis particulares realizadas sucesivamente por la humanidad, en vista de otra superior, cuya realización resolvería todas las dificultades, y, sin derogar la economía política, vendría á dar satisfacción al socialismo. Porque, como he dicho

en el prólogo, en ningún caso podemos admitir que la humanidad se engañe, cualquiera que sea la forma en que se exprese.

Aclaremos esto por medio de hechos.

La cuestión hoy más controvertida es, sin disputa, la *organización del trabajo*.

Como San Juan Bautista predicaba en el desierto: *Haced penitencia*, los socialistas van vociferando por todas partes esa novedad, vieja como el mundo: *Organizad el trabajo*; sin que puedan jamás decir qué debe ser, según ellos, esta organización. Como quiera que sea, los economistas han creído ver en ese clamoreo socialista una injuria á sus teorías: era esto, en efecto, como si se les echase en cara que ignoran lo primero que deberían haber conocido, el trabajo. Han contestado á la provocación de sus adversarios sosteniendo por de pronto que el trabajo está organizado, y no hay otra organización del trabajo que la libertad de producir y cambiar, ya por su cuenta personal, ya en compañía de otros, caso en el cual está prescrita por los Códigos civil y de comercio la marcha que debe seguirse. Mas luego, como este argumento no sirviese más que para hacer soltar la carcajada á sus adversarios, han tomado la ofensiva, y haciendo ver que los mismos socialistas no entendían una palabra de esa organización que agitaban como un espantajo, han concluido por decir que no era esta sino una nueva quimera del socialismo, una palabra vacía de sentido, un absurdo. Los escritos más recientes de los economistas están llenos de esos implacables juicios.

Es, sin embargo, cierto que las palabras *organización del trabajo* presentan un sentido tan claro y tan racional como las de organización del taller, organización del ejército, organización de la policía, organización de la caridad, organización de la guerra.

Bajo este aspecto es deplorablemente irracional la polémica de los economistas.—No es ménos cierto que la organizacion del trabajo no puede ser una utopia ni una quimera, porque desde el momento en que el trabajo, condicion suprema de la civilizacion, existe, no puede ménos de estar sometido á una organizacion tal como la presente, que pueden encontrar muy buena los economistas, pero que encuentran los socialistas detestable.

Contra la proposicion de organizar el trabajo, formulada por los socialistas, no vendria á quedar por consecuencia sino la excepcion perentoria de que el trabajo está ya organizado. Pero esto es del todo insostenible, puesto que es notorio que en el trabajo, la oferta, la demanda, la division, la cantidad, las proporciones, el precio, la garantía, todo, absolutamente todo está por regularizar; todo está entregado á los caprichos del libre arbitrio, es decir, de la suerte.

Nosotros, guiados por la idea que nos hemos formado de la ciencia social, sostendremos, contra los socialistas y contra los economistas, no que *conviene organizar el trabajo*, ni que *está organizado*, sino que *se organiza*.

El trabajo, decimos, se organiza, es decir, está en vias de organizarse desde el principio del mundo, y seguirá organizándose hasta el fin. La economía política nos enseña los primeros rudimentos de esta organizacion; pero el socialismo tiene razon al decir que en su forma actual es una organizacion insuficiente y transitoria. La tarea de la ciencia está toda en buscar incesantemente, en vista de los resultados obtenidos y de los fenómenos que se van produciendo, cuáles son las innovaciones inmediatamente realizables.

El socialismo y la economía política, haciéndose

una guerra burlesca, persiguen, pues, en el fondo la misma idea, la organizacion del trabajo.

Pero son ambos infieles á la ciencia y la calumnian recíprocamente, cuando por una parte la economía política, tomando por ciencia sus girones de teoría, se niega á todo progreso ulterior, y cuando por otra el socialismo, abandonando la tradicion, tiende á constituir la sociedad sobre bases que no son para encontradas.

Así el socialismo no es nada sin una crítica profunda y un desarrollo incesante de la economía política. Para aplicar aquí el célebre aforismo de la escuela, *Nihil est in intellectu, quod non prius fuerit in sensu*, no hay nada en las hipótesis socialistas que no se encuentre en las prácticas económicas. En cambio, la economía política no es más que una impertinente rapsodia, desde el momento en que declara absolutamente válidos los hechos recogidos por Adam Smith y J. B. Say.

Otra cuestion, no ménos controvertida que la anterior, es la de la *usura* ó del préstamo con interés.

La usura ó, como si dijéramos, el precio del uso, es todo género de emolumentos que saca el propietario del préstamo de su cosa. *Quidquid sorti accrescit usura est*, dicen los teólogos. La usura, fundamento del crédito, se presenta en primer lugar entre los resortes que la espontaneidad social pone en juego para organizarse, resorte cuya análisis basta para descubrir las leyes profundas de la civilizacion. Los antiguos filósofos y los Padres de la Iglesia, que es preciso considerar aquí como los representantes del socialismo en los primeros siglos de la era cristiana, por una inconsecuencia singular, que procedia de la pobreza de las nociones económicas de su tiempo, admitian el arrendamiento y condenaban el interés del dinero; porque el dinero, segun ellos, era im-